



Guardias civiles y de Asalto registran una por una las chozas abandonadas.

Viaje a la "aldea del crimen", cuarenta y tres años después

CASAS VIEJAS ES BENALUP DE SIDONIA

CASAS Viejas, en realidad, no existe oficialmente como pueblo. Cabría pensar que fueran sus traumatizados habitantes, los supervivientes de la tragedia de 1933, quienes propusieran el cambio de nombre de la población para tratar de olvidar, empezando por el olvido de tan desazonante señal de identidad, o más bien que los responsables de la catástrofe, desde las altas instancias de la Administración Central, trataran de borrar en un momento u otro toda huella del suceso, borrando del mapa el nombre del lugar. Pero no es así. Casas Viejas no existía ya como denominación del poblado en el año 1933.

Hay registrada en octubre de 1926 una solicitud del vecindario de Casas Viejas a la Alcaldía de Medina Sidonia —de la que el pueblo dependía y depende como barrio rural, aun encontrándose a 20 kilómetros de distancia y ser muy

reciente la posibilidad de una fácil comunicación entre ambos— en el sentido del cambio de nombre, en base a "la existencia de otros pueblos con el nombre de Casas Viejas y en que sólo una pequeña parte de la aldea se halla en el sitio donde en lo antiguo existían unas casas

viejas". La propuesta de restituírle el antiguo nombre de Benalup, el mismo del castillo reconquistado por Alfonso el Sabio y por él cedido, con sus tierras, al primer obispo de Cádiz, en 1271 —que en sucesivas ventas y reparos llegarían a las manos de esa media docena de grandes propietarios que aún hoy las detentan—, es aprobada por unanimidad en el Pleno del Ayuntamiento de Medina el 31 de enero de 1927. Desde esta fecha, y con aquellas primitivas casas viejas

sustituidas por las miserables chozas que arderán cinco años después, la población pasa a llamarse Benalup de Sidonia, aunque sea hoy el día en que los mapas de carreteras de mayor renombre sigan recordando a las nuevas generaciones que Casas Viejas está donde estaba.

Daniel Sueiro

Pero tampoco es por culpa de los mapas por lo que los vecinos de Casas Viejas no han podido evitar que aquel nombre, que tan poco les gustaba, haya quedado clavado de forma imborrable en la Historia y en la memoria de las gentes.

El segundo pueblo de la provincia en número de vehículos

Esa extraña fascinación del nombre, cuya sonoridad estremece

aún al ser pronunciado, al cabo de casi medio siglo de lo que allí ocurrió —como la fascinación de otro nombre de localización muy cercana, Trafalgar, evocador de otro conocido desastre—, es la que aparentemente nos atrae en primer lugar hacia aquellas carreteras de la provincia de Cádiz, en un viaje efectuado hace ya varios meses.

Casas Viejas, es decir, Benalup, no es hoy ciertamente la mísera aldea situada en el centro de una región afectada por la malaria, descrita por Brenan; ni sus habitantes viven en medio de aquella pobreza profunda y degradante de que habla el biógrafo de Franco, Brian Crozier; ni seguramente tampoco están todos ellos sumidos en el hambre negra y solitaria registrada literalmente por Sender en su *Viaje a la aldea del crimen* poco después de que aquél ocurriera. Su apariencia no es mejor ni peor que la de tantos otros pequeños pueblos de

CASAS VIEJAS

la punta Sur de Andalucía. Tal vez algo mejor que muchos. Su aire dinámico y moderno se advierte en el movimiento de las gentes por las calles y en las casas nuevas y en construcción. Las últimas chozas perduraron hasta época muy reciente; eran cerca de trescientas, sustituidas al fin, como nos dicen en la Alcaldía del barrio, gracias a la laboriosidad de los vecinos y a algunas ayudas recibidas del Patronato de Mejora de la Vivienda Rural.

El casco urbano de Benalup cuenta en la actualidad con una



El capitán Rojas, que mandaba las tropas de Asalto llegadas desde Madrid y luego jugaría un papel importante, según Jackson, en la purga de Granada.

aceptable red de alcantarillado y servicio de agua potable, y la mayoría de sus calles muestran una buena pavimentación. Para ponderar su buen nivel de vida actual, don José Romero Bohollo nos dice en la Alcaldía que Benalup es el segundo pueblo de la provincia con mayor número de vehículos en relación con el de sus habitantes.

Los 2.000 escasos que había en 1933 se han convertido en los 5.000 actuales, a pesar de la emigración. No podemos precisar ahora el paro que pueda haber allí en estos momentos, que será semejante al que se esté registrando en toda la zona, pero lo cierto es que pequeñas industrias de la madera y de la confección, así como de producción intensiva de cerdos para sacrificio, por poner estos ejemplos, de las que allí se han ido montando, habrán contribuido a sustituir aquel misero carboneo por las sierras vecinas, tan crudamente reflejado por Eduardo de Guzmán en sus célebres crónicas, como dedicación primordial de un pueblo cuya resignación había de tener necesariamente un límite. Tampoco vamos a hablar del actual salario mínimo. En el momento de producirse el estallido de 1933, existe en el pueblo un paro que todos los testimonios de la época estiman en

un 80 por 100; los varones solteros reciben ocasionalmente un subsidio municipal, al que llaman "la limosna", de una peseta diaria, que para los casados aumenta hasta una con cincuenta. Una pieza de pan que no alcanza el kilo cuesta entonces noventa y cinco céntimos.

La escopeta como "instrumento de trabajo"

Aparte de andar arrancando y quemando cepas y troncos para convertirlos en carbón, los habitantes de la aldea se dedican por entonces a la busca de cardillos, higos chumbos y espárragos silvestres, así como a la caza furtiva. La escopeta zorrera es utilizada "como instrumento de trabajo", y los hijos la heredan de los padres, así como a veces su buena puntería.

Estas habilidades o necesidades siguen aún vigentes hoy (Luis Berenguer sitúa en la cercana Alcalá de los Gazules *El mundo de Juan Lobón*, su conocida novela acerca de la caza furtiva en la actualidad); como sigue vigente, sin duda, el juicio que a los actuales campesinos de Benalup, al igual que a los de las Casas Viejas de ayer, puede merecerles ese fenómeno, tan típico de la zona y tan idéntico a pesar del paso del tiempo, cual es el latifundismo. La propiedad de la tierra y la distribución de la riqueza no serán hoy muy distintas ni habrán mejorado mucho en relación con el panorama registrado a comienzos

de la frustrada República por Pascual Carrión; del mismo modo que el viajero actual puede encontrarse con las mismas cercas de alambre de espino preservando el rúmiar de los solemnes toros de lidia, que en aquella ocasión tanto enfurecieron al joven redactor de *La Tierra*.

Pero allí se quema hoy gasolina con tanta fruición como en todas partes. ¿Por qué no? ¿Por qué no habrían de hacerlo ellos también?

Quedan pocos restos del escenario trágico en que se consumió aquel arranque de fervor milenarista, que a Brenan se le antoja tan típico de Andalucía, y del que debería haber resultado la implantación del comunismo libertario; sin olvidar, como también escribiera Sender, que cuando se habla en Casas Viejas de comunismo libertario, todos entienden que se trata de poner en cultivo 33.000 hectáreas de buena tierra, lo que, sin embargo, no entendieron así en todas partes.

Los chozos que no ardiéron entonces fueron abatidos por el paso del tiempo y sustituidos en gran parte por estas otras viviendas uniformes, de planta baja, a las que el esplendor de la cal apenas consigue redimir de su honda tristeza.

A las nuevas generaciones de habitantes de Benalup de Sidonia resulta ocioso preguntarles por todo aquello. Pero ni siquiera los más ancianos, con un grupo de los cuales charlamos en medio de la plaza, parecen acordarse de nada. Dicen que ellos no vivían aquí entonces; que el pueblo era un pequeño caserío casi deshabitado y que la ma-

yoría de la población actual es de asentamiento posterior a aquellos sucesos. Claro, que tampoco corresponde a ellos esclarecer los puntos que, a pesar de cuanto se ha escrito y de todo el tiempo pasado, siguen perteneciendo al campo de las deducciones o de las con-
venciones morales.

En la plaza de Casas Viejas

Así que esta es la plaza donde todo empezó aquella noche del 10 al 11 de enero de 1933. No todo, es claro, puesto que las razones profundas que iban a desencadenar el drama tenían su verdadero arranque siglos de noches anteriores, en las que no vamos a adentrarnos ahora. Es cierto que no era la República precisamente la que había creado aquella miseria y aquella ignorancia, como clamarian muy pronto a Azaña irritado y preso de sus propias contradicciones, pero, en cambio, pudo entender de muy distinta manera, y estaba en el deber de haberlo hecho así, aquella ingenuidad y aquella furia de los desheredados seculares que creían había llegado "el gran momento". Si no el hombre de gobierno, el intelectual honesto que era Azaña podría haberse evitado en la ocasión su inyectiva pequeño-burguesa contra "las propagandas disolventes e infecciosas" a las que acusa en cierto momento de ser la causa de los sangrientos sucesos.

Ya no es el centro del pueblo,



Ametralladora instalada por las fuerzas de Asalto a la entrada del pueblo para combatir a los rebeldes.

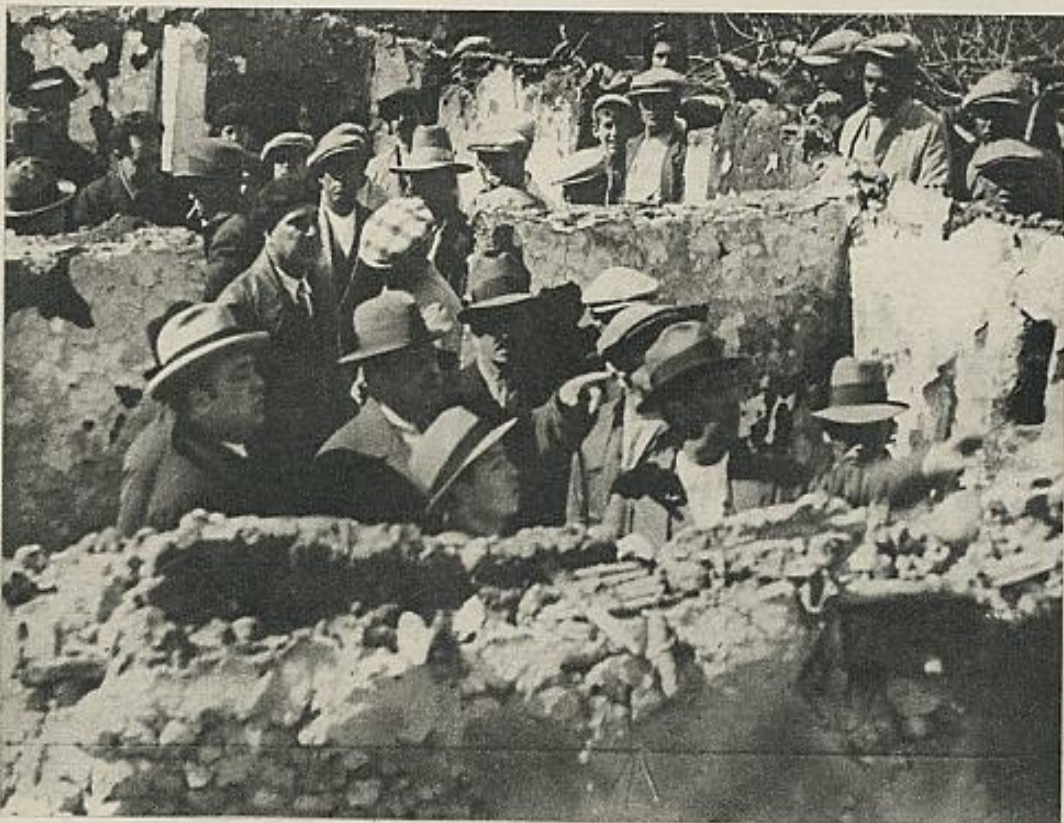


Casas Viejas, es decir, Benalup de Sidonia, no es hoy ciertamente la misera aldea situada en el centro de una región afectada por la malaria, descrita por Brennan.

que ha crecido irregularmente hacia uno de sus lados, pero todo sigue más o menos igual en esta plaza de Nuestra Señora del Socorro, nombre tomado de la advocación de la iglesia parroquial que domina el frente, mole rojiza y modernista a cuyo amparo estuvieron muy lejos de acogerse aquellos campesinos acosados como allmañas. Las

modestas casas de dos plantas que flanquean ambos lados, algunas con las típicas ventanas enrejadas, viviendas de pequeños propietarios, le parecieron a Sender en aquel viaje edificios casi suntuosos, y tal vez lo fueran entonces en comparación con las chozas de los braceros parados, a las que no califica de casas, sino de guaridas.

Frente a la iglesia, con los añosos árboles y los bancos de piedra con respaldo de hierro por medio, sigue en pie el mismo edificio que sirvió de Cuartel de la Guardia Civil, ocupado hoy en su primera y única planta, como vivienda, por un par de familias y con un pequeño negocio de ultramarinos o colmado abierto en el bajo.



El alcalde pedáneo de Casas Viejas muestra a los diputados de la comisión el lugar donde aparecerían los cadáveres.

(Habíamos preguntado al llegar por este cuartel, y nos dirigieron a lo alto de una loma, desde la que se domina todo el pueblo y donde se levanta hoy el cuartel nuevo, semejante a los de su mismo carácter en otros muchos sitios, por lo que la severa prohibición que se nos impuso de fotografiarlo exteriormente pensamos que no debía obedecer a necesidades estratégicas de preservación de grandes secretos militares.)

Sigue intacto el edificio del viejo cuartel

El viejo Cuartel, el situado en la plaza llamada del Socorro, es un caserón sin carácter, igual a mil edificios que se encuentran en otros tantos pueblos andaluces. A sus angostos ventanucos se asomaron aquella lejana noche el sargento y uno de los tres números del puesto para caer en seguida mortalmente heridos los dos, bajo la certera puntería de los furtivos, después de que los guardias civiles se hubieran negado a entregar sus armas y a aceptar la igualdad proclamada hasta entonces, por los que creían al comunismo libertario implantándose en aquellos momentos en todo el país.

De hecho, los periódicos de aquellos días ocupaban sus primeras páginas con las noticias del levantamiento, que no fue general, aunque sí bastante considerable; cada cual en su propio tono, pues si para *El Sol*, por ejemplo, se trataba desde el mismo día 10 de "otra intentona anarcosindicalista fracasada", para *La Tierra* del 12 era un "impresionante episodio revolucionario". En ciudades importantes como Madrid, Barcelona, Lérida, Zaragoza..., así como en los suburbios industriales de algunas de ellas, y sobre todo en numerosos pueblos y aldeas aragoneses, valencianos y andaluces, se produjeron —amén de las huelgas— intentos de tomas de Cuarteles, cortes de hilos telefónicos y de algunas carreteras, quemas de papeles en los Ayuntamientos, etcétera. Hubo enfrentamientos con las Fuerzas de Orden Público y se registraron víctimas. Pero en ningún lado ocurrió lo que pronto iba a ocurrir en la lejana y olvidada Casas Viejas.

Como quedaría suficientemente demostrado a través de las numerosas investigaciones, oficiales y privadas, realizadas después de los sucesos —y por motivos políticos más que humanitarios, o de verdadera justicia en la mayoría de los casos, si no en todos—, la severidad con que el Gobierno de Azaña, con Casares Quiroga al frente del Ministerio de Gobernación, había fulminado la represión, resultó ser extraordinaria y excesiva. Las noti-

Tres grandes novelas...



LA NOCHE SIN RIBERAS,
por Angel M.^a de Lera.
La más reciente novela del autor de
LAS ULTIMAS BANDERAS.
Año 1939: dos Españas no
reconciliadas.

**ALGUIEN VOLO SOBRE EL NIDO
DEL CUCO (ONE FLEW OVER
THE CUCKOO'S NEST)**
por Ken Kesey.
El clásico de la literatura
underground norteamericana que
ha inspirado la película del mismo
título, ganadora de cinco «Oscars».
«Este libro esencial es más que una
gran obra: es una profecía».
(L'EXPRESS)

LOS PATOS DE CA MAO,
por Olivier Todd
La única novela «a la altura» de la
tragedia vietnamita. **Best-seller** en
Francia durante meses.

...y dos documentos

LOS ESPAÑOLES
(Actitudes y Mentalidad),
por Bartolomé Bennassar.
El amor, la muerte, la religión,
la sangre...
Un análisis histórico revelador.



HITLER
AL ASALTO DEL PODER,
por Raymond Cartier.
La obra póstuma del gran
reportero de PARIS-MATCH.
La Historia, contada como
una novela.

argos·vergara
«libros vivos»

CASAS VIEJAS

cias de los periódicos, mencionadas por Jackson en su conocido estudio sobre *La República Española y la guerra civil*, hablaban de 37 muertos y 300 heridos en sólo tres días. Pero 25 de esos muertos deben ser anotados en la cuenta de Casas Viejas, entre las víctimas populares de la *razzia*, 22, y los tres pertenecientes a las fuerzas represivas (dos guardias civiles y uno de Asalto, aparte de los heridos habidos en ambos bandos y sin contar tampoco los vecinos que murieron, algunas mujeres entre ellos, posteriormente, a consecuencia del trato recibido).

De las órdenes severas a las órdenes criminales

Mas una cosa es que las órdenes o instrucciones de Azaña y de Casares Quiroga fueran innecesariamente severas, y otra muy distinta que se tratara de órdenes criminales.

Entre las contradicciones propias del jefe de Gobierno figuraban, desde luego, las puestas una vez más de manifiesto por los autores del más reciente y último libro publicado en España sobre Casas Viejas (1): "un reformismo liberal que, como el de 1873, les niega a las masas trabajadoras el derecho de llevar a cabo ellas mismas los cambios estructurales, cuya necesidad, sin embargo, aparece como apremiante". Pero, en cambio, está muy lejos de haberse probado, tan lejos como de ser ello simplemente verosímil, la imputación a Azaña de una intencionalidad y de una conducta como las reflejadas en la frase célebre con la que quiso falsearse su retrato ante las nuevas generaciones españolas después de derribarle la primera vez del Gobierno, y de la que luego hablaremos.

Con los guardias civiles sitiados en su viejo Cuartel y malheridos dos de ellos, aquellos campesinos míticos que creen tocar con los dedos la realización de sus viejos ideales se disponen a organizar su vida bajo el signo de la nueva igualdad. El comunismo libertario, su inicio siquiera, o un intento de inicio, no dura más que unas horas. Como ellos se temen, el movimiento no ha triunfado tampoco fuera de Casas Viejas.

Al anochecer del día 11 hace su aparición la primera oleada de Fuerzas del Orden, aún poco numerosas: cuatro guardias civiles y doce guardias de Asalto, al mando del teniente de este cuerpo Fernández Artal, procedentes de San Fer-

nando. Evacuados los heridos a Medina, comienzan los registros, las detenciones, los hostigamientos. Francisco Cruz, el famoso *Seisdedos*, "un viejo de setenta años que lleva siempre papeles impresos en el bolsillo", según el retrato dibujado posteriormente por Sender, se encierra en su choza con varios miembros de su familia, entre ellos un niño de poco más de diez años y una chica de diecisiete, la casi legendaria "Libertaria", y algunos vecinos; nueve personas en total, de las que no iban a sobrevivir más que los dos más jóvenes.

Los detalles son bastante conocidos y no será preciso repetirlos. Cuando a media noche llega el capitán Rojas al mando de sus hombres, no menos de 40, empiezan a respirarse aires de tragedia.

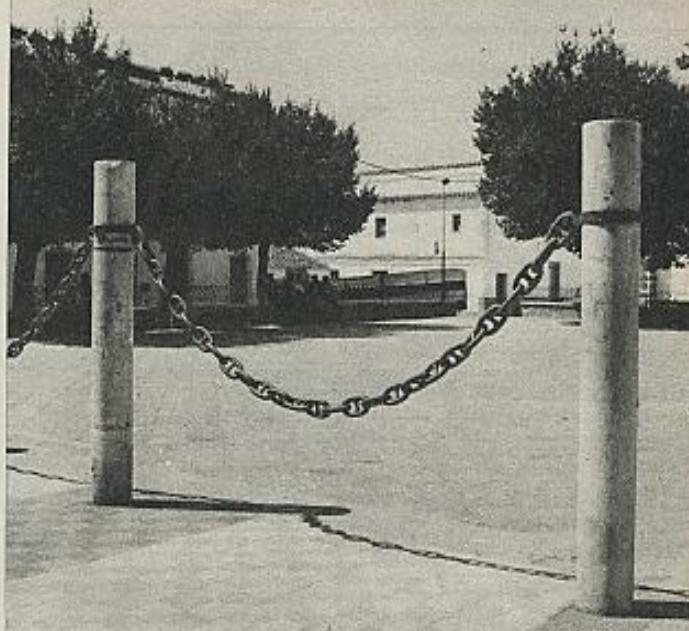
"La iniciativa correspondió a los de Asalto"

Las fuerzas que mandaba Rojas, procedentes de Madrid, como la mayor parte de las que tenía Artal a sus órdenes, pertenecían al Cuerpo de Guardias de Asalto, creado en mayo de 1931 por el anterior ministro de la Gobernación, Miguel Maura, y organizado aquel mismo verano nada menos que por Muñoz Grandes.

Era una fuerza policial especial, cuya selección empezaba por la propia estatura de los elementos que la componían, que no podían medir menos de un metro ochenta en ningún caso. Muy rígida y disciplinada, al parecer, estaba dotada con el armamento más moderno entonces existente. Allí, en Casas Viejas, como comprobaría sobre el terreno Sender, "la iniciativa correspondió en todo momento a los de Asalto".

Después de las bombas de mano, que rebotaban sin estallar encima de su techo de paja, acometieron el incendio de la casucha por el procedimiento de arrojar sobre ella desde lejos algodones y ramas impregnadas de gasolina, ardiendo. Desde la llegada de Rojas Felngenspan, se utilizaron además ametralladoras, y aparte del cerco a que sometieron la casa de *Seisdedos*, se disparaba en la aldea contra toda persona que se encontrara fuera de las casas, sin distinción de mujeres ni de niños, gente sana o enferma, ni hacer tampoco caso de nadie que portara bandera blanca, como más tarde manifestarían los responsables ante los Tribunales; se disparaba contra las ventanas y contra las maderas de las puertas, y así fue como, escondido tras las de su casa, cayó muerto ante su nieto un anciano de más de setenta años, una más entre las víctimas que pronto empezaría a haber.

De los que estaban con Paco



Benalup de Sidonia: Plaza de Nuestra Señora del Socorro, con el antiguo Cuartel de la Guardia Civil al fondo. Foto hecha desde la Iglesia parroquial.

Cruz *Seisdedos* en su chozo, unos murieron a causa de los disparos, otros murieron abrasados. Algunos de ellos, como la muchacha que se estuvo quemando, ya muerta, ante la puerta, durante todo el día siguiente, fueron abatidos cuando salían corriendo con sus ropas y sus cabellos envueltos en llamas.

También sucumbiría aquí el guardia de Asalto al que los sitiados habían arrastrado al interior de la casa, después de herirle ante la puerta, para desprenderle de su armamento y utilizarlo frente a sus sitiadores con la efectividad que no podían esperar de sus viejas escopetas.

Un hombre con una pistola en la mano y tocando un silbato

Sólo con que hubiera ocurrido esto en Casas Viejas, ya habría bastante. Forzado ante las acusaciones de dureza y extralimitaciones, que empezaron siendo vagas, pero que pronto iban a concretarse, el Gobierno aceptó en principio su papel en la represión, antes de manifestar unos síntomas de debilidad que creía podían perjudicarlo más. Pero cuando Azaña dice, el 2 de febrero siguiente, en las Cortes, que "allí ocurrió lo que tenía que ocurrir", no está aceptando una responsabilidad, sino revelando una ignorancia. "El Gobierno no ha sabido —añadiría en el mismo lugar el 7 de marzo—, ni una palabra ni una orden, sino siquiera un parpadeo, que a nadie, ni al más insensato, le pudiese hacer creer que el Gobierno podía contemplar un suceso semejante no ya con satisfacción, si-

no sin la repugnancia y el horror que debe sentir todo hombre honrado".

Para que, en efecto, ocurriera lo que no debía haber ocurrido, ¿qué clase de resortes movieron a los hombres que perpetraron tal masacre? Tal vez en este punto habría que orientarse por los caminos de la Medicina psiquiátrica antes que por los de la estrategia política, y mucho menos de los de la militar.

Aquel amanecer del 12 de enero de 1933, un hombre anda de un lado a otro por Casas Viejas sin soltar de su mano la humeante pistola ni dejar de tocar su silbato, a cuyo sonido acuden o se dispersan las fuerzas en el cumplimiento de las órdenes de reunir a los varones que aún queden vivos en el poblado. La mayoría han huido a las sierras cercanas, puede ser que para escapar del castigo, puede que para reunirse y atacarnos en masa, pensarán tal vez los de Asalto; la casa de *Seisdedos* y algunas otras cercanas no son más que rescoldos, y entre ellos, los negros cadáveres amontonados y casi irreconocibles.

El teniente Artal se encuentra "decaído" e impresionado por lo que allí ha pasado y por lo que prevé que puede pasar aún. Junto con un oscuro delegado gubernativo llegado de Cádiz, el capitán Rojas delibera acerca de la forma de aplicación de la ley de fugas, en las afueras del pueblo o en la plaza. Esta plaza de Nuestra Señora del Socorro en cuyos duros bancos dormitan y olvidan ahora los viejos.

La obediencia ciega y el delito

De los documentos resultantes de los trabajos efectuados por las

(1) Gérald Brey y Jacques Maurice: *Historia y leyenda de Casas Viejas*. Edita ZERO, S. A.; distribuye ZYX, S. A., Madrid, marzo de 1976.

EDITORIAL VICENS-VIVES

NUEVOS LIBROS
DE ECONOMIA

VU VICENS universidad

En el treinta aniversario de la muerte de Keynes, Editorial Vicens-Vives ofrece a todos los economistas la obra de

Axel Leijonhufvud ANÁLISIS DE KEYNES Y DE LA ECONOMIA KEYNESIANA

UN ESTUDIO DE TEORIA MONETARIA

Henry Y. Wan, Jr. TEORIAS MODERNAS DEL CRECIMIENTO ECONOMICO

REVISION CRITICA Y RESUMEN

Josep M. Vegara PROGRAMACION MATEMATICA Y CALCULO ECONOMICO

TEORIA Y APLICACIONES

COLECCION MACMILLAN-VICENS-VIVES

BOLSILLO

- Vol. 16 **Políticas Antritrust y Eficiencia Económica**
Charles K. Rowley
- Vol. 17 **La Inversión: Teorías y Evidencia**
P. N. Junankar
- Vol. 18 **Economía del Transporte**
C. H. Sharp
- Vol. 19 **Teoría del Crecimiento Económico**
J. A. Kregel

editorial vicens-vives
avda. de sarrià, 132 • barcelona -17

CASAS VIEJAS

comisiones parlamentarias encargadas de averiguar los hechos —una de ellas presidida por Jiménez de Asúa—, así como de los judiciales y los aportados por cuantos hasta ahora se han ocupado del tema, aparece la convicción de que entre los que intervinieron más directamente en el asunto, desde el director general de Seguridad para abajo —ese cargo lo ocupaba entonces el capitán de Artillería Arturo Menéndez— estaba admitida la posibilidad de aplicación de la ley de fugas. Menéndez sería procesado, aunque su caso fue sobrelado, y sobre el final que tuvo hablaremos más adelante. No pudo probarse documentalmente que de él partiera la consigna a Rojas, y menos aún a cuantos tuvieron a su cargo la represión en los distintos puntos del país por los mismos motivos, de que el Gobierno no quería "heridos ni prisioneros".

El acta firmada por cinco capitanes de Asalto con esta aseveración, para que hiciera explosión en las Cortes, fue desmentida por la mayoría de sus compañeros a lo largo de aquel mismo año en diversas ocasiones; pero en el proceso que se siguió contra el capitán Rojas en Cádiz en mayo de 1934, cuando Lerroux y la extrema dere-

cha ocupaban ya el poder —a lo que también había contribuido, de rechazo, la misma izquierda revolucionaria—, todos o casi todos los colegas de diversas graduaciones que testificaron en el juicio quisieron confirmar la existencia de tales órdenes.

—Si a usted le dan alguna orden que implique la comisión de un delito —le pregunta el fiscal a uno de estos testigos, el capitán don Bernardo Vicente Oliva—, ¿la cumpliría tan sólo por el hecho de que se la ha dado un superior?

—Sí —dice categóricamente (2).
"El militar, cuando recibe una orden, cualquiera que sea, de un superior, tiene que cumplimentarla", añadiría el capitán don José Hernández Labarga. El mismo Rojas manifestaría en el juicio que "hay que obedecer ciegamente al superior", aun creyendo que aquella orden "era ilegal y que repugnaba a la conciencia de cualquiera". El Tribunal y el Jurado Popular lo condenarían a veintidós años de cárcel —considerándolo culpable de 14 de los 15 delitos de asesinato de que se le acusaba—, pues, como afirmaría en su informe el ministerio fiscal, se "está excusando

(2) Este diálogo y las frases transcritas inmediatamente después provienen de lo declarado en juicio. Se toman de la obra de Manuel García Ceballos: *Casas Viejas (Un proceso que pertenece a la Historia)*; Fermín Uriarte, Editor, Madrid, 1965.

de obedecer órdenes que encierran un delito".

Por lo ocurrido —mejor dicho, lo no ocurrido— en otros puntos distintos a Casas Viejas en la misma ocasión, puede deducirse que o esas órdenes no existieron, o fueron incumplidas, o bien interpretadas de una manera humana, y no mecánica y cruel. Un oficial testificó que lo que él entendía por "no hacer heridos ni prisioneros" era dejar prontamente libres a los que se cogiera.

El difícil retrato del capitán Rojas

Para tratar de justificar aquella fechoría, la defensa del capitán Rojas utilizó, entre otros, amén del argumento de la obediencia debida, el del trastorno mental del inculpa-do. Así se habló por unos del estado de gran excitación y nerviosismo del capitán; pero, en cambio, otros, como el mismo teniente Artal, al que pondría enfermo tamaña barbaridad, atestiguaron que Rojas estaba perfectamente sereno en el momento de producirse el choque final.

"¿Qué clase de hombre es el tal Rojas?", se pregunta Azaña con un humor de perros cuando se da cuenta de que "todo esto es atroz", y piensa que "no se puede estar peor servido". ("No puedo fijarme



En la plaza de Casas Viejas empezó todo la noche del 10 al 11 de enero de 1933.



Grupo de familiares de algunos de los muertos en la masacre por las fuerzas policiales en la casa de Paco Cruz "Seisdedos". Entre ellos, Salvador Barberá, hijo de Antonio.

de ninguno", añade en otro momento, refiriéndose a Rojas y a Menéndez, aunque en cuanto a este último mantiene siempre la creencia de que las barbaridades de Casas Viejas se hicieron sin su autorización.) Después de recibir a Rojas en el Ministerio para oír de sus labios lo que aquél nunca le contará, escribe Azaña en sus *Memorias políticas y de guerra*: "No le había visto nunca. Su aspecto no predispone en favor suyo; la hechura de la cabeza no delata al hombre inteligente".

Cuando hoy vemos a Rojas en los documentos gráficos retrospectivos, sentado junto a su joven abogado defensor, don Eduardo Pardo Reina, advertimos necesariamente algo inquietante en la fijeza e indiferencia de su mirada y en ese bigotillo que se deshace, se difumina, se licúa en una especie de sonrisa innecesaria e inconveniente. Acosado por las evidencias, Rojas acabaría por declarar que con su actuación "defendía a España y salvaba a la República".

Y este era el hombre de la pistola humeante que aquella madrugada encabezó el pelotón de guardias de Asalto que conduce por Casas Viejas a una docena larga de prisioneros, desarmados y esposados o atados con cuerdas, en busca de un buen lugar para acabar con todo aquello de una vez por todas.

Al pasar ante los restos humeantes de la casa abatida, todos se paran ante los cuerpos calcinados. Entonces pudo ocurrir que uno de los presos dijera, en efecto, contemplando a la joven que arde: "Esta es mi hija", y que alguno de los guardias o su capitán le contestara, señalando al compañero muerto: "Y este es nuestro hermano". Es más dudoso que en aquellas circunstancias el prisionero agrediera a Rojas, aunque bien pudo insolentarse verbalmente con él. Lo cierto es que el capitán disparó primero su pistola, y que después, habiendo pronunciado o no la voz de "¡Fuego!" y las demás voces reglamentarias en tales casos, cosa que los testigos no lograron aclarar, se produjo un denso tiroteo en la misma corraleta de la casa de *Seisdedos*, al final del cual todos los prisioneros quedaron abatidos.

Y en vista de que algunos "roncaban" todavía, como alguien dijo allí en aquellos momentos, es decir, que había hombres vivos entre los fusilados tan bárbaramente, el médico señor Verdes de la Villa requirió a algunos guardias, uno tras otro, para que los remataran, y ante la repugnada omisión de éstos, él mismo los acabó disparándoles el tiro de gracia con su pistola, "con una conciencia impropia de la misión que le está confiada", como diría textualmente en su informe fi-

nal el acusador privado del capitán Rojas.

La frase inventada y el correr de la Historia

Su abogado defensor, el señor Pardo Reina, que estos últimos lustros ha venido ejerciendo la profesión con gran éxito y espectacularidad en la ciudad de Valladolid, quiso, naturalmente, convertir el proceso de Rojas en el de Azaña y Casares Quiroga. Consiguio que ambos hubiesen de testificar personalmente ante el correspondiente Tribunal, lo que no deja de ser edificante en todo caso, pero no pudo lograr judicialmente más de lo que toda la derecha organizada, en un llanto hipócrita por unas muertes que sinceramente no lamentaba, había ya logrado políticamente: la caída de aquel Gobierno y su propia instalación en el poder.

Por si pudiera ser tenido en cuenta para la correcta comprensión de toda esta historia, y creemos que sí, vale la pena anotar aquí un pequeño detalle. La frase de "tiros a la barriga" con que se ha querido atribuir a Azaña un temple de monstruo exterminador que le era totalmente ajeno, no pasa de ser una invención. La frase en sí ya

se había pronunciado y oído en numerosas ocasiones entre el pistolero barcelonés, pero en el caso de Casas Viejas le fue adjudicada al jefe del Gobierno por el defensor del capitán Rojas a través de las declaraciones de uno de los hombres que más odiaron a Azaña, el también capitán y monárquico Barba Hernández (3). El mismo Lerroux, que conocía bien el medio en que se movía, manifestaría en el libro autobiográfico *La pequeña historia*: "Estoy segurísimo de que Azaña no es capaz de tirar a la barriga de nadie, ni de ordenar en caliente ni en frío que se remate a los heridos y se sacrifique a los prisioneros".

Cabría considerar, por último, alguna otra cosa en relación con el final de algunos de los personajes de esta tétrica película.

A Menéndez, por ejemplo, el ex director general de Seguridad, lo detuvieron los sublevados en Zaragoza al bajar del tren, procedente de Madrid, en la misma mañana del 18 de julio de 1936. Recuerda Azaña en sus *Memorias* a este "desventurado amigo" suyo, que "tan inmerecida y cruel muerte, precedida de horribles suplicios, ha encontrado en las garras de los rebeldes...".

Lo que fue del capitán Barba, que en 1934 había fundado la UME, "organización militar clandestina destinada a luchar contra el régimen" republicano (en palabras de Tuñón de Lara), lo cuenta a su modo Gabriel Jackson: "El y otros iniciaron la purga en Zaragoza en las primeras semanas de la guerra, e incluso entre los más reaccionarios se ganó la reputación de ser un criminal sediento de sangre". Lo que le parece exagerado a Ramón Salas Larrazábal, historiador con el que hemos conversado para hacer algunas precisiones.

En cuanto a Rojas, Jackson dice que "jugó un importante papel en la purga de Granda y prosiguió ocupando altos cargos militares después de la guerra civil". Salas Larrazábal afirma, en cambio, que después de salir de prisión, acogido a la amnistía del Frente Popular de febrero del 36, Rojas estuvo, en efecto, al mando de un grupo de baterías cerca de Sevilla, hasta que, el 4 de abril de 1939 —cuando llevaba ya varios meses encarcelado de nuevo—, fue juzgado y condenado por el delito de hurto. Separado del servicio, emigró a la Argentina, ya a comienzos de los años cuarenta, donde a estas alturas es de suponer que habrá muerto. ■ D. S. Fotos del autor y fotogramas del archivo de Basilio M. Patino.

(3) Este y otros detalles del célebre proceso son aclarados públicamente, por vez primera, por el que fuera defensor del capitán Rojas, don Eduardo Pardo Reina, al que ha entrevistado en Valladolid el mismo autor de este trabajo.